

OBSERVANDO ESQUINAS EN CONCEPCIÓN. UN EJERCICIO EXPLORATORIO DE ANTROPOLOGÍA DE LA VIDA URBANA

Observing street corners in *Concepción*.

An exploratory exercise of anthropology of urban life

RODRIGO HERRERA O.*

MARÍA FERNANDA MORALES O.**

Fecha de recepción: 5 de marzo de 2015 - Fecha de aprobación: 18 de mayo de 2015

Resumen

El siguiente artículo propone adentrarse en la observación de ciertas esquinas de la ciudad de Concepción, Chile, en tanto propuesta de aproximación al despliegue de ciertas formas de vida social donde se mezclan y superponen relaciones sociales entre conocidos, conocidos a medias y derechamente desconocidos. En esta dinámica se advierten trazos de una organización social particular, compleja en su aparente naturalidad y supuesta espontaneidad. Del mismo modo, el acercamiento propuesto también revela las particularidades del punto de vista asumido y las posibilidades de llevar a cabo este tipo de aproximaciones. Aunque es una aproximación tentativa e inicial, ciertos resultados nos permiten avizorar líneas de exploración en torno al conocimiento antropológico de la vida urbana en las ciudades modernas.

Palabras clave: esquinas, tramas sociales, espacios sociales, sociedades complejas.

Abstract

The following article proposes get into the observation of some corners of Concepción, Chile, like a proposal to the approach at display of forms of social life that mix and overlap social relations between nearby people, acquaintances or just strangers. Following this dynamic, we can observe a particular social organization complex in its apparent naturalness. In the same way, this approach also reveals the distinctive feature of the point of view assumed and the specific possibilities of this kind of approaches. In spite of being a tentative and beginning approach, some results allow for exploring other scopes in the anthropological knowledge of urban life in modern cities.

Keywords: street corners, social spots, social spaces, complex societies.

* Antropólogo. Departamento de Sociología y Antropología, Universidad de Concepción, Concepción, Chile. Correo electrónico: rherrerao@udec.cl

** Antropóloga. Investigadora del Portal Dibam, Departamento de Comunicaciones de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Chile. Correo electrónico: mariafmorales@gmail.com

“Bueno, cualquier noche que quiera ver algo, lo acompañaré. Puedo llevarlo a los tugurios, los establecimientos de juego... puedo llevarlo a las esquinas. Recuerde nada más que es mi amigo. Eso es todo lo que necesitan saber”.

(Doc, en: White, “La sociedad de las esquinas”.

Diana, México, 1971, XX)

1. Las esquinas y la posibilidad de observarlas

En principio, intersecciones. También podríamos decir: allí donde la acera se ensancha y se transforma en un micro-escenario en el que convergen, se encuentran o desencuentran personas, movimientos y energías de la ciudad. Quizás agregar: aperturas que pueden llegar a motivar algún grado de desconcierto, porque llevan decisiones y se superponen intenciones. En términos físicos diríamos: ángulo formado por convergencia. En una versión urbanística: razón última de la ciudad, pues intersecta personas, construcciones, movimientos, conflictos. Y, por lo mismo, principio vitalizador y auténtica metáfora de la ciudad en tanto experiencia e imagen (Solà-Morales, 2004). Todo eso y más pueden llegar a ser —o representar— las esquinas de una ciudad en términos genéricos, en tanto aspectos que las definen arquitectónica, social y urbanísticamente.

Y fueron ellas, algunas de ellas más bien —o unas pocas de ellas a decir verdad—, objeto de atención por cortos períodos de tiempo durante los meses de diciembre y enero de 2014-15. No tanto para describir y dar a conocer lo que puede llegar a ser Concepción como ciudad —objetivo imposible de imaginar—, como sí para observar en ellas el despliegue de aquellas sociedades al paso que se conforman en determinados lugares, ya sea por el tránsito permanente de gentes, con sus respectivos cruces y acomodamientos; la estadía más prolongada de algunos

que se familiarizan con un entorno; acaso la permanencia de otros que se vuelven parte constitutiva del paisaje urbano. La pregunta de fondo era: ¿Cómo y qué tipo de vida social se produce y reproduce en ciertas esquinas de una ciudad como Concepción? Podríamos habernos preguntado por algunas calles, o las plazas, lugares siempre disponibles para la observación de cotidianidades varias. Pero también, y quizás con no poca ingenuidad inicial, nos pareció en un principio que las esquinas podrían componer un ámbito delimitado y acotado y, por lo tanto, apropiado para la realización de un ejercicio de observación. En virtud de ello, un escenario propicio para visualizar en ellas las formas de vida social que pudieran acoger.

La elección de cuáles esquinas abordar obedeció a criterios que en la práctica nunca manejamos muy conscientemente. Sí sabíamos que queríamos observar esquinas relevantes a partir de su uso intensivo, no nos interesaban en esta ocasión aquellas que pasan mayormente vacías. En este sentido, nuestro primer requisito era que tuvieran una cierta representatividad pragmática ligada a un uso que las volvía atractivas. Eso nos llevó inexorablemente al centro de la ciudad. Una vez allí, partimos por una y seguimos buscando otras que presentaran diferencias formales, de cantidad de gente, de ubicación. Así hasta reunir unas cuantas que nos proveyeran de información suficiente como para iniciar una reflexión que no acaba aquí ni mucho menos.

El telón de fondo de nuestro cometido lo otorgó el propósito de realizar un ejercicio gimnástico y observar sistemáticamente el desenvolvimiento *in situ* de un orden social que creemos específico. La tarea era observar sin cesar e ir registrando a cada momento. Observar, anotar, de vez en cuando fotografiar; tal era nuestra labor. El objetivo: intentar capturar esas sociabilidades,

acaso mínimas, que operan en estos espacios de plena accesibilidad por quien así lo desee y que, quizás por lo mismo, sustentan una vigencia social en su condición de zonas privilegiadas para el cruce y contacto entre personas. Dicho en otras palabras, observar aquellas combinaciones de tratos diversos entre conocidos, conocidos a medias o lisa y llanamente desconocidos, que ponen a prueba la elasticidad de lo social, propagando formalizaciones sociales hasta los límites mismos desde los que emergen las lógicas territoriales que componen identidades u otro tipo de agrupaciones claramente definidas.

Ciertamente al referir a este proceder de investigación nos situamos dentro del ámbito de la etnografía, enfoque que sostenemos fortalece el conocimiento directo de la realidad sujeta a estudio al promover una referencia empírica de sus inferencias, siguiendo una labor artesanal dentro de una necesaria sistematicidad. Este proceder no tiene demasiado sentido si no va acompañado por una reflexividad propia del estar allí antropológico, encargada ésta de mediar entre la subjetividad del investigador y la realidad delimitada como ámbito de estudio (Mora, 2010; Guber, 2005). Dentro de esta gama, y dada la diversidad de estilos posibles de cómo acometer la tarea, en esta ocasión reivindicamos aquella vieja tradición del realismo etnográfico malinowskiano (Malinowski, 1986), ensoñado siempre en exponer sin alteraciones al etnógrafo frente a una realidad que se le presenta en toda su complejidad y múltiples dimensiones, asumiendo allí el desafío de describir los mundanos detalles del día a día de la forma más fiel que sea posible, validando la experiencia del extrañamiento frente a lo cotidiano. En nuestro caso, expuestos a la posibilidad de dejarnos sorprender por la trivialidad de los aconteceres a los que nos exponíamos, y no olvidando que

éramos parte del conjunto, aunque al mismo tiempo intentábamos mantener una distancia que nos permitiera observar tomando distancia, de manera de fortalecer la opción de convertirnos en testigos de los hechos, antes que en meros observadores o interlocutores de turno (Goffman, 1989).

Tan así que incluso nos vimos sumergidos en un continuo donde muchas veces las relaciones sociales eran intrínsecamente efímeras, y en constante disposición hacia la dispersión, sin saber en un principio qué y cómo registrar. Ni tampoco que hacer frente a tanto acontecer ajeno a cualquier reflexión, pero al mismo tiempo lejano al automatismo robotizado que siempre parece imperar. Ahí, expuestos, aunque poco a poco advirtiendo el despliegue de todo un mundo de pequeños guiños, palabras sueltas, frases cortas, movimientos, poses y miradas que permiten pensar en la existencia de todo un abanico de estrategias de sociabilidad que nos hablarían de la progresión de un saber hacer-estar particular, exclusivo y, quizás a su manera, excluyente también.

A efectos prácticos, para adentrarnos en esta maraña relacional suscribimos al uso de la técnica de la observación flotante (Petonnet, 1982), en términos de adscribir a un modo de observar en cierta medida disponible y a la deriva, que *a priori* no se detenía demasiado en algo prefijado, y flotaba inquiriendo posibles articulaciones referenciales, puntos de convergencia, expresiones que por su repetición devienen referencias de regulaciones que delatan una densidad dentro de un devenir de baja intensidad. Tal como nos ocurrió, por ejemplo, en el caso del **esperante** en la **parada del tonto** (Barros Arana esquina Aníbal Pinto), quien en determinado momento concentró la atención del observador por cuanto su condición duró mucho rato, más

de los 20 o 30 minutos generalmente asumidos como apropiados para esperar a alguien en plena vía pública, lo que sin duda lo obligó a recurrir a lo mejor de su repertorio de **sujeto en espera**. Allí encontramos una expresividad que se articulaba como respuesta hacia un medio siempre difuso, condicionado por los entrecruzamientos diversos que simultáneamente se daban en el mismo lugar y al mismo tiempo.

“El **esperante** sigue allí. Ahora se ha retirado hacia el mismo extremo de la zona de espera donde se había ido la mujer que habló por teléfono y que ya se ha ido. Allí se queda, manos en los bolsillos del pantalón, mirada vaga, no detenida en nada en específico, flotando, de vez en cuando dando pasos ya para un lado, ya para el otro, lentos pero inquietos” (CC)¹.

Pero además de la duda de hacia dónde dirigir la atención, también surgió el tema de cómo registrar. Pasa que el etnógrafo, por regla general, asume un personaje que no necesariamente hace lo mismo que el resto, porque o no proviene del mismo lugar que el resto o no conoce cómo se hacen las cosas allí donde se ha entrometido. En el contexto del ejercicio en cuestión, además estaba la condicionante de que todo el mundo hacía más o menos lo que debía hacer, en virtud de respetar una condición casi indistinguible que se vuelve cualidad: la normalidad. Unos caminaban mirando sin poner demasiada atención en nada, otros permanecían en ciertos lugares demostrando una familiaridad y dominio de la situación. Y entremedio, nosotros caminábamos buscando referencias, o hilvanando situaciones, nos deteníamos imprevisiblemente a registrar notas de campo, fotografiábamos algo aparentemente trivial, pero siempre intentando esquivar las miradas interrogantes de los demás y tratando de hacer cosas que tranquilizaran al resto, como

jugando a una aparente distracción y desatención sobre el entorno en tanto performance para la búsqueda de patrones sociales allí donde estos son implícitos. También recurríamos a acceder a ciertos espacios o acciones de seguridad, tales como sentarse en un local a tomar algo o caminar sin detenerse demasiado en algo para no generar suspicacias, cosa de no sentirnos demasiado observados o delatar una anomalía. Buscando sin duda alcanzar el imposible de la invisibilidad cuando se está observando y siendo observado al mismo tiempo. Las siguientes notas ilustran tal visibilización y los insondables caminos del parecer antes que el ser.

“La esquina visitada, está compuesta por vendedores ambulantes; en toda la acera se puede encontrar de todo, lentes, flores, medias hasta las típicas frutas y verduras, como también pescados y mariscos, que son limpiados en el mismo sector. Las personas que lo hacen tienen una caja especial para esto, pocas veces dejan los restos en el suelo, supongo que es porque también la gente compra las cabezas de pescados para las cazuelas, pero también es por el **peligro** de que los vengán a sacar, como me comentó una señora: *ya, pero no me caguís (¿por qué? ¿cómo?) Porque ustedes vienen a sacar fotos y después dicen que somos cochinos, y yo tengo hijos en la universidad también*”. (CC)

El personaje del etnógrafo entonces debió someterse a las reglas de la situación, y con ello, a la obligatoriedad de respetar las normas y convenciones de la permanente circulación y superficialidad interactiva (Pellegrino, 1991). Y, dentro de ese marco, buscar las formas de atender al objetivo respetando la sistematicidad. Al final, no fue tanto una cuestión de tiempos y distancias, como de adaptaciones y acostumbramientos. Nosotros nos adaptábamos, igual que los demás, a cada momento. Uno se acostumbraba poco a poco al escenario, y para los

demás se volvía indiferente nuestra presencia; el cuaderno estaba allí generando cada vez menos atención, la cámara disparaba en un acto contagiado por la trivialidad, perdiendo el miedo a ser centro de atención por un momento eterno. Se acabaron los sobresaltos, aunque siempre se mantuvo la condición de la “vigilancia insomne”

(Joseph, 1988:15), atento pero mostrando desatención. El llamado antes mencionado entonces no fue más que una forma de presentación y puesta en relación, un nexo circunstancial que no fue más allá porque ni la señora en cuestión ni nosotros mostramos mayor interés en hacerlo.



2. Las esquinas y las formas de hacer

Para empezar a hablar sobre el acontecer en ciertas esquinas de Concepción, se impone primero una cuestión de límites, porque antes de llegar a una en plan observador es legítimo preguntarse ¿Todo puede suceder en una esquina? ¿Todo vale? ¿Hasta dónde llegan las posibilidades de hacer y prohibir en espacios como las esquinas? Es sabido que cierto urbanismo contemporáneo pregona el mensaje de que “a la forma de la ciudad hay que exigirle legibilidad, coherencia, significación” (Bohigas, 1999:21). Ello, con el fin de concebir una ciudad como un conjunto de espacios que permitan una fácil y rápida identificación ¿Por quienes? Por los propios residentes; aunque también seguramente por quienes llegan de su extrarradio cada

día a trabajar, naturalmente que los turistas, e incluso para manifestantes y policías, con el fin de programar los escenarios de despliegue de conflictividad y descontento ciudadano sin necesariamente alterar la dinámica del conjunto del entramado ciudadano. La idea, al parecer, es que este colosal artefacto llamado ciudad se componga por una serie de paisajes urbanos aceptados como escenarios de sociabilidades ejemplares, factibles de ser habitados -o visitados- por aquellos que promuevan valores centrales del mundo occidental, democracia, tolerancia y civismo, y así logren la categoría de ciudadanos.

Es esta una versión de ciudad ligada no sólo a una materialidad construida –la ciudad muscular-, sino que también a un uso estructurado de sus posibilidades, definido en base a arreglos

de visibilidad que apelan a la representación de lo moralmente ya aceptado previamente. Aquí encontramos afincados diversos tipos de grupos sociales claramente distinguibles (familia, grupo étnico, comunidad religiosa, club deportivo, unidad vecinal, etc.), con sus respectivas territorialidades definidas que permiten después a los expertos elaborar mapas (geográficos y cognitivos) y planos (físicos y simbólicos). En sus trazos y lineamientos, lo que se superpone es asumido como conflictivo —y, por ello, solucionable—, lo contorneado con determinados colores es entendido como reivindicado por algunos como propio y distintivo —la identidad como valor intransable. La ciudad alcanza entonces el grado de macro-organización, grande, voluminosa y heterogénea; y los ciudadanos componen una comunidad civil con derechos y obligaciones, en la que los límites están determinados por un comportamiento adecuado a las respectivas representaciones colectivas que definen formas de ser frente a los demás.

No bien ser claramente identificables estas formalizaciones del mundo ciudadano —es de lo que más se habla en el día a día, es también sobre el que los expertos mayormente construyen su conocimiento—, también en las ciudades observamos el despliegue del ritmo de **lo urbano**, definido por Lefebvre (1975) como energía que constituye vida social entre los pliegues de la morfología citadina. Lo urbano rescata en su definición aquel acrecentamiento de la vida nerviosa de la vida urbana, advertida como propia de las ciudades de la modernidad por Simmel (1998) en el cambio de siglo, o por los mismos sociólogos de Chicago en la década de 1930, en su versión de forma de vida basada en un “equilibrio inestable” en la que se debe aprender a “deslizarse por superficies quebradizas” (Park, 1999). Ha sido Delgado quien más recientemente nos ha actualizado esta comarca

de vida social en tanto resultado de un número inmenso y variable de movimientos y ocupaciones transitorias, imprevisibles muchas veces; sociabilidades difusas, mínimas; a un tiempo todo lo que en la ciudad no puede detenerse ni cuajar (Delgado, 2007).

En las esquinas observadas fuimos testigos de este despliegue de formas muy diversas, aunque también en ocasiones de cierta tendencia a la estabilidad y permanencias, el enunciamiento claro y definido de las formas y sus personajes. Aunque igualmente, quizás todo podía ser otra cosa, lo manifestado en verdad otra revelación, un malentendido, algo tergiversado, algo que no fue. Porque lo que se observa en estos espacio-tiempo circunstanciales son verdaderas coreografías de lo instantáneo, en las que pareciera seguirse un guión escrito nadie sabe bien por quién ni cuándo. Obras breves en espacios y tiempos contenidos, extrañas, sin clímax, o que cuando parece que se llega a él, la escena se diluye y es reemplazada en el espacio por otro drama sin grandes luces tampoco. El tema de fondo es que nada parece salirse de borda, o a lo mejor en ellas cualquier cosa es posible, pero ese cualquier cosa casi siempre acaba por ser un despliegue de rutinas prácticas donde cada quien se mueve sabiendo cómo y cuándo hacerlo.

“La muchacha, una de las que llegó anteriormente al alero de *Hush Puppies*, se encuentra con otra de similar edad, que al llegar la toca por el lado, ante lo que la que estaba esperando se quita los audífonos que traía puestos y que apague algo en el teléfono que traía a un costado, en uno de los bolsillos del pantalón. Todo lo cual duró sólo un par de segundos. Se ponen a conversar en el mismo lugar, no mirándose, sino que girando la cabeza en cualquier dirección. De pronto, comienzan a caminar. Inmediatamente un hombre ha ganado la esquina después de las muchachas. Lentos oscuros, su cabeza gira haciendo el mismo gesto que los demás: mirando alrededor sin detenerse en nada fijo.

Una mujer llega a su lado, intercambian palabras, ella saca su teléfono, se le escucha decir: *aquí en el reloj* (a pesar de que en rigor éste está más allá), un *ya...*, *ya*, y parten ambos caminando justo en el momento en el que él pregunta *¿Qué te dijo?*. (CC)

Un hombre ha llegado a tomar posición, después de mirar las vitrinas con movimientos rápidos también saca un teléfono y marca. Sus gestos son elocuentes y, por lo que se ve en sus gestos, recibe respuesta al otro lado de la línea *¿Será así o estará actuando? ¿Para qué lo haría si así fuese?*

“Mientras observaba, dos jóvenes se encuentran, se miran y se pegan en los brazos, se amenazan y se golpean un par de veces más hasta que comienzan a reírse y abrazarse. Estoy sentada en la entrada de un supermercado y desde allí escucho que un hombre y una mujer se saludan; él le dice con entusiasmo que se ve bien, que cómo está la familia y hablan del sindicato”. (CC)

“Otra mujer llega, espera un momento, se da una pequeña vuelta en el lugar y toma el teléfono. *¿Dónde vienes?*, se escucha, antes de que camine como sin pensarlo más allá, por donde pasa menos gente. Una vez allí, nada más detenerse, llega un adolescente a su encuentro, se saludan y comienzan a caminar tranquilamente diciéndose unas palabras, como si supieran donde van”. (CC)

Si alargamos las secuencias, terminamos por construir personajes, actores de una trama que se resuelve cuando las respectivas situaciones se acaban y los personajes salen de escena. Todo parece indicar que los respectivos intérpretes no necesitan ser del todo conscientes de la trama global en la que participan, aunque mínimas señales parecen testimoniar que todos saben, aunque no lo dicen, que participan de un tipo de organización en la que se configura una idea debilitada de la misma, haciendo valer la “desatención cortés” en tanto expectativa disimulada (Goffman, 1979). Y el etnógrafo en este caso hace las veces de montajista de una película de bajo costo, uniendo explícitamente

trozos que implícitamente se tiene la idea de que conforman algo, pero no sabe bien qué. En principio un espacio común caracterizado por el respeto a una distancia social.

“Bajo el alero de *Hush Puppies* (en la **parada del tonto**) un hombre parado está continuamente cambiando de pose sobre sus mismos pies. Ya mira hacia un lado como cambia hacia el otro sin fijar la vista demasiado en nada en particular. Manos en los bolsillos, mochila al hombro. Pudiera ser que por momentos sus movimientos revelen impaciencia, y más cuando de pronto emprende pequeños paseos alrededor de tres a cuatro pasos, nunca alejándose de su posición inicial, como si esta fuera estratégica, un espacio al que de pronto se vuelve. Ya mira como buscando-esperando, ya mira centrándose en algo que lo logra distraer unos segundos. Su atención no se enfoca en nada determinado. De pronto, en una de sus salidas ha perdido la posición, otro par de personas se lo han quitado. Ellos conversan ahora dueños del lugar, uno apoyado en la pared, aunque siempre mirando alrededor. Hablan, callan, retoman el diálogo no necesariamente mirándose. Pueden estar hablando, pero no dejan de mirar alrededor, haciendo movimientos cortos y bruscos. Así como llegaron, se van. El **esperante** solitario había tenido que retirarse unos metros de la esquina al perder su posición, pero no se ha ido lo suficiente como para perder sus ángulos de mirada en varias direcciones. Al quedar vacía su antigua posición, no la recupera inmediatamente, parece que se ha acomodado en su nuevo lugar. Allí mantiene los mismos gestos: miradas que no se detienen demasiado en nada, como entre buscando algo y distraéndose en lo que ve.

Por un momento la esquina *Hush Puppies* se ha desocupado. Pero el vacío se acaba pronto. Llega un hombre de edad bolso en mano, y a los segundos una mujer, teléfono en mano, que se detiene y empieza como a escribir en él, luego levanta su cabeza y comienza su mirar distraído. Está esperando. El hombre ya se va”. (CC)

Estos enclaves logran reproducirse a condición de respetar un valor que parece intransable: la opacidad de su acaecer. Los mundos sociales que en las esquinas se recrean básicamente son mundanos, prosaicos, puesto que allí lo que

sucede lo hace en base a un andar y hacer sin reclamos de autorías ni originalidades o algo por el estilo. Al contrario, el anonimato y la impersonalidad actúan como verdaderos artilugios que defienden la distancia social entre seres ante todo accesibles en esos momentos. Y, por lo mismo, los intercambios entre estos desconocidos que comparten el espacio se reducen a poco más que compromisos con una posición claramente interpretados por todos y cada uno, y así expresados en el propio comportamiento de esos todos y cada uno.

“De pronto una mujer con una guagua en brazos llegó hablando por teléfono, indica *aquí, en el reloj* y camina. Nunca miró hacia los lados, no parecía tener demasiado interés en el resto”. (CC)

“Han llegado otros **esperantes**. Tres mujeres solas, muy cerca las unas de las otras, pero que se ve por sus gestos que no van juntas; no se miran entre sí, no hay aperturas corporales entre ellas; más bien una extraña forma de cierre que delata desconocimiento y revela espera. Dos de ellas a los minutos caminan, al parecer estaban tomándose un respiro a la sombra entre su caminar”. (CC)

Lo interesante es que todo este proceder permite que muchas veces lo ordinario esté muy cerca, si no confundiendo o entrelazado, con lo extra-ordinario, a pesar de lo cual la baja intensidad del acontecer —eso que hace que todos parezcan acostumbrados a lo que ven, oyen o huelen— no se vea alterada. Esta condición llama particularmente la atención en ciertas esquinas de Concepción, en donde lo habitual se alimenta de lo que podría entenderse como in-habitual en cualquier otro contexto ciudadano compuesto por paisajes culturales, claros y legibles.

“En esta esquina, Caupolicán con Aníbal Pinto, hay un puesto fijo, donde venden frutas y verduras de la estación, dos hombres, un adulto y un joven. Hay

otros puestos que van rotando un par de veces a la semana, como por ejemplo quienes venden mariscos y pescados —enteros, fileteados allí mismo y mariscos pequeños. También varía quienes venden en carros de supermercados; casi siempre jóvenes con morrones y pepinos, que se desplazan cada vez que ven venir a carabineros. Las verduras de éstos casi siempre están arrugadas por la exposición al sol, a diferencia de los puestos fijos que tienen sombrillas y les tiran agua para que no se deshidraten o se vean mal, como le comenta (ordena) un vendedor a su compañera de ventas: “*Anda a tirarle agua a las cholgas*”. (CC)

“En esta esquina de Rengo con Freire sólo hay mujeres vendiendo, por lo menos hay 3 a 4 puestos fijos donde venden dulces, plantas y otras cosas. Las demás mujeres venden, encima de unos cajones, humitas. Varían de 4 a 6, siempre están conversando, hablándole a los que pasan, saludan a otros vendedores del sector”. (CC) “Cuando pasan carabineros por aquí, Rengo con Freire, en especial en esta época navideña, todas las mujeres de las humitas desaparecen, no así los demás puestos. Sin embargo, escondidas entre las personas siguen ofreciéndolas susurrándole a la gente. Se van los carabineros y todas se avisan que ya se fueron y van saliendo entre la gente. Un día la cantidad de personas vendiendo me obligó a pasar a través de un corredor de vendedores/as, era un pasillo con olor a humita donde todas te hablaban y te decían *compre humitas pa’ que no se resfríe, compre humitas mi amor, compre humitas caserita*”. (CC)

Lo inhabitual vuelto habitual a fuerza de su baja intensidad y repetitividad también puede apreciarse en un lugar como la **parada del tonto**, espacio pareciera que todo hecho de y para la espera, pero donde el encuentro fortuito sigue teniendo su lugar bajo formas variadas.

“Un encuentro entremedio del lugar de espera y el reloj: venían en sentido contrario, y casi cuando ya se habían pasado entre ellos, como devolviéndose, uno suelta una *buena* y se dan un choque de manos. Son jóvenes, casi adolescentes. Uno va fumando. Se quedan ahí, hablando entre ellos, de vez en cuando mirándose, aunque más mirando alrededor. No están frente a frente, más bien lado a lado. Comienzan a intercambiarse el cigarro en un gesto casi imperceptible a través del cual

el que no fumaba le pide. Llegado un momento, se despiden y cada uno sigue su camino". (CC)

En este contexto, si bien las interrupciones que cambian el giro de atención o que obligan a una nueva definición de situación pueden llegar a ocurrir, pareciera que el mecanismo de la adaptación opera con mayor fuerza, permitiendo el despliegue de secuencias que sostienen la normalidad que únicamente reclaman para los co-presentes signos exteriores de orientación y desenvolvimiento.

"Lo que pudo ser una irrupción: de pronto, a la distancia, el sonido de una flauta, unos tambores (que resultaron ser dos) y alguien con gorro pidiendo colaboración a los transeúntes con los que se cruzan, vienen desde O'Higgins norte hacia nuestra esquina de la misma calle con Tucapel y la Diagonal. Claramente imprimen

una alteración visual, pero sobre todo auditiva. Pero no logran modificar los pasos de vehículos según la semaforización y el pasar de los transeúntes entre medio de ellos, siguiendo las indicaciones de los semáforos, pero también sus propios ritmos y apuros. Algunos conductores miran por segundos la escena, también un poco más los pasajeros de la locomoción colectiva. Básicamente ello mientras esperan el verde. Algunos peatones vuelven la cabeza, otros la alzan y algunos miran más detenidamente, pero siempre sin modificar si su curso ni demasiado su velocidad y orientación. El curso de las cosas siguió entonces, la 'batucada' acaba por pasar. Su música, cada vez más lejana, acaba por mezclarse con el sonido de la calle hasta desaparecer. Un detalle no menor: incluso la banda de músicos respetó las señales de cuándo y cómo cruzar, esperando junto al resto cuando ello era requerido. Quizás entendían de antemano que el lugar tiene sus tiempos y su propio ritmo también. Pero no lo entendían ellos solamente, sino que todo el conjunto que por allí transitaba en ese momento". (CC)



3. Las esquinas como espacios sociales urbanos

En virtud de lo señalado hasta aquí, podemos decir que el ejercicio analítico implicado en la observación reflexiva no era tan sencillo como parece. Una vez vistas las tramas que se van entretejiendo respetando ciertas condiciones

básicas, inevitable fue lidiar con los contornos de nuestro nicho de observación: lábil, escurridizo, amorfo. La pregunta surgió al momento de seguir las secuencias; ¿cuál es la extensión de una esquina?, ¿Remiten ellas exclusivamente a una idea de ángulo? ¿Su área de influencia se calcula en metros cuadrados?

“Aquí, en Tucapel con O’Higgins, girando en dirección a la Rambla de la Diagonal irrumpen en la escena vendedores de artesanía, con sus productos medio que exhibiéndose, medio que puestos ahí de manera sólo insinuándose, sobre unas telas en el suelo de forma pareciera que aleatoria, sin mayor cuidado. Ellos hacen notar su presencia, delatan que se han apropiado del espacio. Con sus formas de ocupación a través de posturas corporales descansadas en el suelo o en las orillas de la acera, sus diálogos a la distancia y entre-medio de los transeúntes que cruzan hasta cierto punto intimidados, hacen ver que se han familiarizado con un entorno. Si uno tuviera que referenciar donde están, diría que en la esquina de la Diagonal con Tribunales, o sea, en la esquina de Tucapel con O’Higgins. La esquina creció”. (CC)

A partir de aquí conviene asumir las esquinas como espacios sociales, aquello que Simmel (1986) definió como articulaciones de acción recíproca que llenan aquello que antes estaba vacío a través de relaciones, permitiéndolas al mismo tiempo. Con ello, podemos pensar que es en un habitar en tanto apropiación que las esquinas van definiendo sus límites, siempre circunstancialmente, y estos a su vez van dando vida a las mismas. Ya sea en su extensión como en su inserción en el entorno a través de las prácticas que acoge.

“La esquina observada, Caupolicán con Aníbal Pinto, no tiene una delimitación con la calle, es continua, un punto de encuentro forzado. La mayoría de los vendedores ambulantes aquí instalados se ubican en ellas, pienso que puede deberse a que todo allí es más visible, más amplio”. (CC)

Quizás por ello, una esquina ha de asumirse como algo más que una mera morfología funcional. Además de estar constituida por las señas y convenciones que se van definiendo según las indicaciones de un mejor uso, también alberga propiedades sociales que dan lugar a prácticas simbólicas. Ya lo decía Lefebvre en relación a

los espacios sociales urbanos (2013): son los escenarios de y para la vida social, resultado de secuencias que van albergando un conjunto de operaciones práctico-sensibles que impiden reducirlo a la condición de objeto.

“El semáforo en estas calles de Caupolicán con Aníbal Pinto hace que confluyan muchas personas en un pequeño espacio, es un punto de encuentro a la vez que un espacio de disminución de velocidad y de tránsito”. (CC)

“En este cruce de calles que es la esquina de O’Higgins, Tucapel y la Diagonal, para quienes vienen de esta última, el surgimiento de la esquina que hay que cruzar (ya sea en Tucapel o en O’Higgins), con sus consiguientes semáforos y señalética *ad hoc*, conlleva la primera detención/retención después de un buen rato en que solamente se caminaba por la nueva Rambla Diagonal. El freno es repentino y el ritmo que traen los peatones se corta casi encima de llegar al límite de la calle, en virtud de las señales peatonales varias que enuncian el nuevo escenario, aunque siempre auscultando la posibilidad de que no vengan vehículos por las calles, no existan otros obstáculos y se pueda seguir el paso”. (CC)

Estas operaciones práctico-sensibles que llenan las esquinas también las delinean, llenándolas de tiempos, variables siempre en función de los factores que entran en las diversas relaciones acogidas. A veces las prácticas espaciales se acogen a las directrices emanadas de su condición concebida, ya proyectada en la mente de expertos planificadores. En otras, se acogen a su condición vivida, en las que opera por sobre lo físico una apropiación simbólica de usuarios. Y a veces, todas estas instancias están simultáneamente operando.

“Esta esquina de Lincoyán con Víctor Lamas es distinta, está muy limpia, recientemente remodelada, muy delimitada, no se escucha ruido ambiente, sino música electrónica que viene desde el local, lo que dificulta que me pueda concentrar para leer (quizás la gente no va a

leer a los bares). El encuentro en las esquinas permite una mayor visibilidad, se abre el espacio, se detienen algunos a decidir hacia dónde van, se toman decisiones o se cambia el rumbo. Las esquinas obligan a fijar la atención, en las aceras se deambula, pero al llegar a las esquinas se sigue el rumbo, se cruza o cambias de dirección. Solo un par de mujeres no fijan la atención al cruzar, siguen conversando con sus amigos mientras cruzan, quizás esperando que sean ellos quienes se fijen. Mientras, los meseros del local están entretenidos mirando una luminaria para el paso de cebra. Se preguntan si sirve". (CC)

Entonces las esquinas se nos presentan como nichos magmáticos -a veces densos, otras encogidos-, por momentos con cierto histrionismo de bajas revoluciones, incandescentes en otros donde la mayor de las veces ocurren escenas rutinarias, insignificantes, pero que dan cuenta de un ritmo performativo, no hecho de casualidades ni instintos, sino de micro-situaciones que forman esos verdaderos espacios sonámbulos de los que habla Joseph (1988), en el sentido de que opera con fuerza inusitada la lógica del funcionamiento de lo obvio (Wolf, 1994). De hecho, tan performativo se puede volver un espacio social cualquiera como una esquina urbana, que los objetos y diversas agregaciones que se contienen en él adquieren connotaciones simbólicas, lábilmente definidas, aunque claramente expresadas, generalmente ligadas a un valor de uso por parte de sus usuarios. Pequeños artilugios y rincones dentro de una misma esquina cobran así valor agregado, situándose a la par del resto al obtener un valor de uso singular y orientado hacia el contexto, como en el caso de la gran esquina constituida por O'Higgins, Tucapel y la Diagonal.

"Hay que decir que O'Higgins es una de las avenidas más grandes, centrales, y fundamental en la articulación del transporte público de la ciudad. De ahí su anchura y su circulación vehicular permanente. De hecho, justo en esta esquina con Tucapel y la Diagonal, se crean

vías especiales para la locomoción colectiva, por lo que cruzarla peatonalmente a media calle es un tema. Antes de la creación de las vías especiales, se crea un pequeño bandejón al medio que separa los vehículos particulares de los del transporte, el que es utilizado regularmente por peatones que quedan así a medio camino en la calle, aunque en una **zona de seguridad**, que puede que no sea tal, pero en la práctica así parece esperarse. Quizás con este aliciente, algunos peatones tienden a buscar cruzar por partes, aunque esté en rojo el semáforo para ello, y eso genera en los que se han quedado en la acera gestos dubitativos – miradas en dirección a la dirección por donde vienen los autos, pequeños movimientos de pies y troncos hacia adelante-, a ver si acaso seguirlos o más bien esperar la venia del semáforo". (CC)

Ni que decir de la conocida esquina llamada **La parada del tonto**, Barros Arana esquina Aníbal Pinto. Allí, entre numerosos otros objetos y agregaciones, como carritos de comercio, pequeños bandejones decorativos, u otros, se encuentra un reloj no demasiado vistoso, ubicado casi al medio de la esquina pero no exactamente en él, siempre parado, cual poste de iluminación entremedio de otros muchos otros **postes** que uno se encuentra en la calle.

"Además de ser un cruce peatonal –un cruce más en las trayectorias de caminantes-, allí hay un reloj que no siempre está en funcionamiento, o más bien nunca lo está. Bajo él, una señora de mediana edad espera. Le cuelgan de sus brazos bolsas de tiendas comerciales y su actitud delata el acto de espera: parada, se apoya en el poste del reloj, se aleja de él, mirada no fijada en nada especial. Se va. De la nada una pareja también se ha detenido junto a él, como bajo su cobijo. Son jóvenes, miradas no fijadas en algo especial, de vez en cuando intercambian palabras, pero sin mirarse necesariamente. De pronto, él gira su cuerpo hacia ella y el intercambio se transforma en conversación. De pronto parten, sin paso apurado". (CC)

El reloj es referencia, seña dentro de un contexto mayor que permite descifrar el código de la espera, entendiéndose por esta todo un

conjunto de posibilidades de hacer en un espacio inevitablemente vinculante. Hay otras formalidades entrelazándose también, con otros formalizantes las llevan a cabo. O sea, las esquinas efectivamente conforman intersecciones, de cosas, personas, rutas y trayectorias, envolviéndolas en una lógica de coexistencia y simultaneidad. Aunque a veces parezca lo contrario, allí pasan cosas; y ello, porque allí las cosas pasan. Para que eso ocurra, siguiendo una obra minimalista, ciertos códigos permiten un despliegue de una vida social que se asienta en un espacio social. Siempre precario, expuesto a invasiones y regulaciones, pero al mismo tiempo, o quizás por ello, mundano.

Por lo mismo, en tanto que resultado de secuencias y operaciones diversas no puede reducirse a la condición de simple objeto. Porque allí el espacio **se produce**. Y claro, en su condición de puntos de convergencia, pueden albergar superposiciones o llamar a movimientos equívocos, obligar a rectificaciones, acoger desacomodos. Se pueden provocar desconciertos, momentos inquietantes, pero pasan a formar parte de la trama. En ese sentido a veces se ensanchan y convocan a un conjunto amplio de referencias simbólicas; en otras, parecen trincheras, formando ángulos desde los cuales cada quien ocupa el espacio desde su posición y requerimiento apelando al minimalismo. Lo que no puede pasar es que dejen de acoger formas de hacer.



4. Las esquinas como ámbitos de sociabilidad complejos

Quizás en parte por el peso de una densidad social siempre subyugada a la superficialidad, y su consecuente evanescencia, la antropología tradicionalmente no ha tendido a buscar explicar

claves de funcionamiento, o develar los secretos o condiciones de reproducción de espacios sociales urbanos como las esquinas. Históricamente ligada a las instancias más orgánicas de propagación de vida humana, y haciendo eco de un discurso regenerativo del tejido social, podríamos decir que se ha conformado como una

ciencia social que no solo ha dado la espalda a cualquier interés por las formas más inestables del vínculo social, sino que ha insistido en no atender a la reproducción de acontecimientos que no reivindican nada más que su posibilidad de ser en lo inmediato, o sea, de ser a través del hacer. Y que existen en base a lo transitorio, lo fugitivo, lo contingente, que nos advertía Baudelaire (2000). Precisamente aquel mundo del no-lugar señalado por Augé (2005), como ejemplo de las pérdidas de sentido modernos, lugares constituidos por diversos itinerarios en todas direcciones con eventuales entrecruzamientos que, al momento, acabarán por diluirse y no generarán puntos identificatorios ni históricos.

¿Cuál es el rol que están cumpliendo los teléfonos celulares en la presentación de la persona en el mundo público? ¿Qué se insinúa con su apego? O quizás, atravesando para el otro lado de la reflexividad, nos preguntamos ¿existirá la posibilidad de elaborar tipologías de formas de enfrentar los encuentros casuales, salir de los imprevistos, hacer frente a la cortesía disimulada?, ¿qué parámetros harían las veces de organizadores de un registro?, ¿cómo llevar a cabo un relato de los hallazgos?

Retomando algunas sugerencias aportadas por quienes han escudriñado estos rincones, en nuestro ejercicio hemos ido vislumbrando que las esquinas escogidas para ser observadas acaban por ser espacio de sociabilidad problemática donde deben coexistir todo un mundo de extraños que, de manera obligada, inconsciente quizás o puede que deliberada, generan escenarios de sociabilidad atentos a las convenciones estandarizadas de las “buenas maneras” (Joseph, 1999), el “distanciamiento” y la “reserva” (Simmel, 1998), los acuerdos circunstanciales con un “mínimo de información” del otro (Lofland, 1973) o la “desatención

cortés” (Goffman, 1979). Se daría a entender que en estos ámbitos de alguna manera se propone una lógica de la adaptación antes que del entendimiento, que a todos conviene, a todos les vale. Entonces importa menos quien se es, que quien se parece ser, respetando el principio de volverse aceptable antes que comprensible. Cada individuo, poco más que un cuerpo inserto en una coreografía —hecha de miradas, espectro de poses posibles o frases hechas al paso—, es el resultado de una relación fugaz, pero que pone en funcionamiento un complejo dispositivo de sobreentendidos y acuerdos tácitos, denso en su superficialidad, precario en su continuidad.

Porque, en definitiva, ¿quién es quién aquí? ¿Qué somos además de un rostro, nuestras señas, quizás un oficio público?

“Otro hombre llega, saca el teléfono y habla por él mirando para todos lados. Se alcanza a escuchar que indica *ya... , estoy aquí al lado del reloj*, justo cuando ya se iba”. (CC)

“Manicero del carrito Tucapel esquina O’Higgins y la Diagonal: Mira sin mirar en distintas direcciones. De vez en cuando lanza alzando la voz publicidad sobre su maní, la que se pierde en medio del ruido generalizado de autos, micros y murmullos. Se integra como un ruido más de la calle, no la altera. Ahora se guarece bajo uno de los dos quitasoles que le ayudan a capear el calor y se sienta”. (CC)

“Ahora la esquina se la ha apropiado un joven con un libro en la mano. Pero algo no le gusta y se corre unos metros para leer.” (CC)

Asumimos así que lo más atractivo de estas parcelas de vida social intensiva lo constituyen los entrecruzamientos que se entretajan y desanudan permanentemente sin descanso, derivados fundamentalmente del encuentro entre extraños en tiempos y espacios mundanos. Su máxima expresión: el cruce de trayectorias, los

desplazamientos aparentemente en solitario -aunque sean en medio de la multitud-, los giros espontáneos que parecen sin sentido, los descansos obligados o los no calculados, las esperas expuestas al escudriñamiento público, las miradas furtivas para ver cuál será el siguiente paso a dar, entre otras. Momentos comúnmente asumidos como insignificantes, que quedaron en medio del punto de partida y el punto de llegada, que parecen condenados al olvido, y que conformarían lo que conocemos como parte de la vida urbana en los espacios públicos.

Pero más allá de estas consideraciones, este ejercicio nos deja muchas preguntas esbozándose aún. Producto de sus propias limitaciones, pero también por los escuetos hallazgos a los que pudo llegar, esperamos que otras aproximaciones quizás ayuden a reformular de mejor manera. Por lo pronto, a nosotros nos dejó algunas pistas o sugerencias. Por ejemplo, el entender que la vida social de las esquinas envuelve a partir de relaciones de coexistencia y simultaneidad, otorgando así un determinado orden de usos y apropiaciones, amarradas a las contingencias de la vida urbana y sus protagonistas, sean estos peatones, trabajadores, gente de paso, etc. Ese mismo orden que para otros puede ser asumido como desorden, posiblemente aquellos que no conozcan precisamente los códigos de la transitoriedad y las contingencias de contexto.

Quizás ayuda a esta confusión el que, en tanto definido el quehacer de una esquina por las operaciones práctico-sensibles que acoge y permite, allí no hay texto a leer o descifrar, sólo una superficie a la cual exponerse, una textura a observar que, cual tejido, se configura

momentáneamente por los entrecruzamientos y las mediaciones entre planos que acoge. Y entonces las relaciones que allí se dan conforman un hacer, que es lo único que vale en estas circunstancias, y que incluso muchas veces anticipan el vínculo. Las relaciones promueven un despliegue, el vínculo propone un formato de organización de las mismas.

Así llegamos a entender lo que Joseph anticipaba, en orden a sentarse a observar y dejarse llevar por el influjo de lo frecuente y asumirlo como un conjunto de operaciones de vitalidad contenida en los que se pone en juego una simbología mínima que muestran a lo social *in statu nascendi* (Joseph, 1988). En este sentido, estas marañas relacionales de baja intensidad, e inestables, acabarían por componer, sin embargo, un constante hacer y deshacer de sociabilidades fundamentales, en la medida en que permiten suponer —aunque no necesariamente corroborar— un código interaccional aparentemente sabido por todos e imprescindible para vincularse con extraños, desconocidos o conocidos a medias, en lo que es el despliegue de la vida cotidiana en la calle, en la micro, en un *mall*, una plaza o una simple esquina citadina.

“El entorno inmediato de quien espera en ‘la parada del tonto’ es amplio en posibilidades de distracción. Circula en todas direcciones mucha gente, con diversos ritmos, de diferentes edades, en diferente número. Nadie choca pues todas las trayectorias se acomodan para evitar el contacto físico, a pesar del espacio angosto, y lo logran. Todos caben. A lo más hay cuasi-encuentros que no logran ser porque el choque corporal se puede evitar hasta el último momento”. (CC)

Notas

¹ (CC): Cuaderno de Campo. En adelante nombrado por las siglas.

Referencias bibliográficas

- Augé, M.** (2005). *Los no lugares. Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*. Barcelona: Gedisa.
- Baudelaire, C.** (2000). *El pintor de la vida moderna*. Murcia: Colección de Arquitectura.
- Bohigas, O.** (1999). "La ciudad como espacio proyectado". Disponible en: http://www.laciudadviva.org/opencms/export/sites/laciudadviva/recursos/documentos/Familias_de_documentos/La_arquitectura_del_espacio_publico-Libro-1999/Articulos/Oriol_Bohigas-La_ciudad_como_espacio_proyectado-1999.pdf. Fecha de consulta: enero de 2010.
- Delgado, M.** (2007). *Sociedades movedizas. Pasos hacia una antropología de las calles*. Barcelona: Anagrama.
- Goffman, E.** (1979). *Relaciones en público. Microestudios del orden público*. Alianza: Madrid.
- ____ (1989). "On fieldwork". *Journal of Contemporary Ethnography* July 1989 18: 123-132.
- Guber, R.** (2005). *La etnografía. Método, campo y reflexividad*. Bogotá: Norma.
- Joseph, I.** (1988). *El transeúnte y el espacio urbano*. Barcelona: Gedisa.
- ____ (1999). *Erving Goffman y la microsociología*. Barcelona: Gedisa.
- Lefebvre, H.** (1975). *De lo rural a lo urbano*. Barcelona: Península.
- ____ (2013). *La producción del espacio*. Barcelona: Capitán Swing.
- Lofland, L.** (1973). *A world of strangers. Order and action in urban public spaces*. Illinois: Waveland Press.
- Malinowski, B.** (1986). *Los argonautas del pacífico occidental*. Barcelona: Península.
- Mora, H.** (2010). *Forum: Qualitative social research*. Disponible en: www.qualitative-research.net/index.php/fqs/article/download/.../2957 Fecha de consulta: 15 de mayo de 2011.
- Park, R.** (1999). "La ciudad: sugerencias para la investigación del comportamiento humano en el medio urbano". En Martínez, E. *Robert E. Park. La ciudad y otros ensayos de ecología urbana*. Barcelona: Del Serbal.
- Pellegrino, P.** (1991). "Espace public et figures du lien social". *Espaces et sociétés*, N° 62, 11-28.
- Pettonnet, C.** (1982). "L'observation flotante". *L'Homme*, Paris, vol. XXII, N° 4, 37-47.
- Simmel, G.** (1986). *Sociología 2. Estudio sobre las formas de socialización*. Madrid: Alianza.
- ____ (1998). "Las grandes urbes y la vida del espíritu". En Simmel, G. *El individuo y la libertad*. Barcelona: Península.
- Solà-Morales, M.** (2004). "Ciudades y esquinas urbanas". Disponible en: http://www.bcn.cat/publicacions/b_mm/ebmm_forum/131-134cas.pdf. Fecha de consulta: 15 de diciembre de 2014.
- Wolf, M.** (1994). *Sociologías de la vida cotidiana*. Madrid: Cátedra.